

Semblanza del *Coadjutor Salesiano,* **D. ALEJANDRO MORIDO**



1965

El domingo 21 de Febrero a las 4'35 de la tarde y a la edad de 73 años fallecía en Pamplona el ejemplar Coadjutor Salesiano, Don Alejandro Morido Matas, de todos conocido por el nombre de «Don Ale».

Había nacido en Aldea Nueva del Camino (Cáceres) en el seno de una familia profundamente cristiana, cuyos admirables ejemplos y enseñanzas fueron siempre norma de su vida e hicieron de él, desde muy niño, un modelo de docilidad, aplicación y piedad.

Una santa mujer, D.^a Felisa Esteban, la fundadora y gran bienhechora de los Salesianos en Béjar (Salamanca), que tantas vocaciones envió a Sarriá-Barcelona y sostenía con sus limosnas, fue el medio de que Dios se sirvió para encaminar a nuestro querido Don Ale hacia la vida religiosa. Alumno primero del Colegio de Béjar (1902) le encontramos ya en el año 1905 como aspirante a Salesiano en las Escuelas Profesionales de Sarriá.



La banda en el patio de las Escuelas, dando la bienvenida a una visita ilustre.

Aprendiz aventajado del taller de encuadernación, entonces muy floreciente, cultivaba también la música, demostrando tener excelentes cualidades para ella. Fueron sus primeros maestros Don Jaime Nuño y el muy famoso Don Juvenal Villani, cuyas composiciones musicales andan en tantos repertorios.

Del año 1908 al 1909 y bajo la dirección del P. Maestro Don Antonio Balzario, enviado por Don Bosco a España, hizo su noviciado, teniendo que retrasar la profesión religiosa debido a los tristes sucesos de la Semana Trágica en Barcelona. El mártir de la Cruzada, P. Enrique Saiz, fue uno de sus compañeros en aquel año de cielo, que transformó al joven Alejandro en un hijo amante de Don Bosco.

Era entonces P. Inspector-Provincial el buenísimo Don Manuel Hermida, que moriría más tarde (1928) en olor de santidad.

El año 1914 los Superiores le destinaron al nuevo Colegio de Alicante, nacido al calor del Seminario Salesiano de Campello.

Fue Alicante su campo de trabajo durante 16 largos años y allí, como los Salesianos eran pocos y muy grande la labor, le tocó hacer de todo: de maestro de clase y de maestro de canto, de sacristán y de director de banda y hasta de cómico de teatro, que hacía reír de lo lindo, formando las delicias de centenares de chiquillos... y mayores.

Todos los que vivieron aquellos primeros años del Colegio de Alicante recuerdan con singular cariño al buen salesiano, al servicial, querido y popular Don Ale, que con su banda infantil llenaba la casa de alegría y daba un realce imponente a las fiestas salesianas.

Bajo la magia de su batuta aquellos músicos noveles se hicieron famosos. La banda de Don Ale todos los 24 de Mayo daba guardia de honor a la imagen de María Auxiliadora a su paso triunfal por las principales calles de Alicante. Y cuántas veces a instancias del Muy Ilustre Sr. Abad de la Colegiata, Dr. Modesto Nájera, actuaron los pequeños músicos en la ciudad.

La fama se extendió más lejos y ya no había fiesta religiosa importante en los pueblos de la provincia donde no fuese necesaria la presencia de la banda de música de los Salesianos. ¡Resultaban tan simpáticos aquellos niños vestidos de marineros!... ¡Lo hacían tan bien!... Benidorm, Caude- te, Petrel, Villajoyosa, Isla de Tabarca, Orihuela y hasta Cartagena son algunas de las poblaciones de sus triunfos.

Y cuando en tiempo de la Dictadura S. M. Alfonso XIII visitó Alicante allí estaba Don Ale para darle la bienvenida a los acordes de la «Marcha Real», recibiendo una calurosa felicitación del General Primo de Rivera, que tuvo la delicadeza de estrecharle la mano, como él repetía con satisfacción.

Mucho era siempre el quehacer, no muy abundante el sustento, pues pobres y humildes fueron los comienzos de la Obra Salesiana en la capital alicantina. También escaso era el descanso, porque los terribles mosquitos molestaban por la noche y, lo que es peor, un «asma pertinaz y rebelde», que le acompañaría toda la vida, comenzó a atormentarle haciéndole sufrir un verdadero martirio.

Nada arredró a nuestro querido Don Ale y después de un año de un poco de reposo en Villena, de nuevo vuelve a Alicante, para seguir como antes trabajando sin desmayo, haciendo siempre el bien a todos, por amor de Dios, al estilo de Don Bosco.

Pero llegó el año fatídico 1931, año de la República y con ella la época del libertinaje, de los desmanes y de los crímenes impunes. ¡Quién lo hubiera pensado! Las turbas revolucionarias saquearon y prendieron fuego a la Casa Salesiana de Alicante, levantada con tantos sacrificios y regada con tantos sudores en beneficio de los hijos de los pobres, de los hijos de los obreros. ¡500 niños gratuitos!

Y los Salesianos tuvieron que huir, para ponerse a salvo del populacho, ávido de sangre, no sin antes pasar por las cárceles, como personas inde-seables. Se cumplían las palabras del Señor: «Acor-daos de aquella sentencia mía que os dije: No es

el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido a mí, también os han de perseguir a vosotros». (Juan 15, 20).

Huyendo de Alicante volvió a su muy amada Casa de Sarriá, la casa santificada con la presencia de Don Bosco en dos distintas ocasiones.

El afecto de Superiores y Hermanos, las exquisitas atenciones allí recibidas, serenaron su ánimo y fortalecieron su menguada salud.

¡Cuántas gracias daba a Dios por estos beneficios y cómo le prometía una y otra vez serle fiel hasta la muerte en la Congregación Salesiana!



La floreciente banda de la Escuela.
En el centro, presidiendo, el de todos querido e inolvidado, los Rvdos. Don Luis Blázquez y Don Domingo Pérez, gran salesiano y apreciado maestro de mecánica, Don Emilio el Sr.

Era por aquel tiempo Inspector-Provincial el P. José Calasanz, que unos años más tarde habría de morir mártir, asesinado por los rojos en Valencia (1936). De él recibió la orden para trasladarse a Pamplona.

Fue un día de fiesta para los Salesianos de Pamplona el 16 de Septiembre de 1931, día de su llegada a la capital de Navarra, pues bien sabían el tesoro que se les metía por las puertas y la Casa estaba en sus comienzos y era «mucha la mies y pocos los operarios».

Treinta y cuatro años de intensa actividad le preparaba la Divina Providencia entre nosotros.

Otra vez empuñó con brío la batuta y comen-

zó sus clases de canto y de banda. Trabajaba, además, de ayudante del P. Administrador y le encargaron de la Librería.

La humilde capilla de los primeros tiempos durante el Mes de Mayo y en las fiestas salesianas se ponía de bote en bote. ¡Resultaban las funciones religiosas tan solemnes!... ¡Cantaban tan bien los chicos!...

Y si en Alicante la banda de música se hizo famosa, no lo fue menos la de Pamplona. Consiguieron verdaderas maravillas con aquella su paciencia



s en los años después de la guerra.
le Muy Rvdo. Don Guillermo Viñas (q. e. p. d.). A sus
ez. A la derecha de «Don Ale», que empuña la batuta, el
io López —«El Sr. López»— (q. e. p. d.). Al otro lado
Arín.

inagotable, con aquella su constancia sin desmayo, que cada año volvía a empezar con los alumnos de 1.º, para ir llenando los huecos, que dejaban los de 5.º al terminar el oficio.

La banda de Don Ale era imprescindible en toda Fiesta de las Escuelas. En la procesión del Corpus le vimos desfilar año tras año por las calles de la ciudad, despertando la simpatía entre la gente que decía al pasar: ¡la banda de los Salesianos! ¡Don Ale!

Frecuentes eran las llamadas de fuera para actos religiosos, como en Huarte-Pamplona, Hospital, Monjas Blancas, Manicomio, 1.ª Javierada, etc. Tantas actuaciones exigían un tiempo de ensayo o

preparación que, dada la vida de Colegio y los programas de los estudios no era siempre posible. Para estos casos tenía el buenísimo Don Ale una receta infalible antes de tocar: el rezo de una ave-maría, lleno de fe y confianza filial en María Auxiliadora. ¡Y no fallaba!

Poseía un verdadero arsenal de música copiada por él. Esto era del dominio público y por eso le llegaban de todas partes peticiones de copias de partituras. Nunca supo negarse a los ruegos de los Hermanos.

¿Y en la Librería? Cientos y cientos de paquetes de libros, cuadernos, libretos de teatro, zarzuelas, estampas, etc., salieron de sus manos, sobre todo al acercarse el mes de Mayo. Despachaba montones de correspondencia.

Basta hojear el archivo de cartas de pedido para comprobar lo afectuosas que eran sus relaciones con los clientes de la Librería Salesiana de Pamplona. Casi siempre encontramos las palabras: «nuestro querido Don Ale», «al bueno y simpático Don Ale»... y son miles de cartas, se puede decir, de todos los Colegios Salesianos de España e Hispano-América y muchísimas de otras personas y Colegios, hasta de Asia y Australia.

Este trato tan cordial no es más que la respuesta a las palabras de Don Ale, a su atento y pronto servicio.

Este cúmulo de trabajo no pasaba desapercibido a sus alumnos y por ello y en prueba de gratitud, solicitaron del Ministerio para su querido maestro la Medalla al Mérito del Trabajo, que le fue impuesta solemnemente por el Sr. Delegado del Trabajo en la Fiesta de la Unión de AA. AA. el año 1955.

Y lo más de admirar es que este ritmo de actividad no disminuida la realizaba, a pesar de su precaria salud y de los ahogos del asma.

Pero el fin se acercaba. De unos años a esta parte iba perdiendo energías: se fatigaba mucho. El invierno pasado se agravó de tal forma, que temimos perderlo; pero se repuso y, al verle este verano tan valiente, nos hacíamos la ilusión de tenerle aún mucho tiempo con nosotros.

No fue así. A partir de Octubre comenzó a declinar. El médico de cabecera y el especialista nos advierten del peligro: Cáncer de estómago.

A fines de Diciembre el mal se agrava y se ve obligado a guardar cama.

¡Qué bien demostró entonces quién era Don Ale! si siempre fue un modelo en su vida religiosa, mucho más lo fue ahora. Su lecho se convierte en cátedra de virtudes. Su oración es continua y su única pena, el no poder trabajar.

Cada día ruega se le imparta la bendición de M.^a Auxiliadora. Su imagen santa la besa con amor. Cómo agradece las visitas que se le hacen, y qué respeto cuando le visita el Superior.

Es verdad que en sus horas de delirio repetirá una y otra vez: «Don Ale, tú ya no vales para nada». ¡«Se ha muerto Don Ale. Le han metido en una caja dentro de la Iglesia!»! No es más que la lucha de la naturaleza que se resiste a ceder; pero por encima de ella triunfa la gracia y su conformidad con la voluntad de Dios. Sus labios murmuran: «Hégase tu voluntad». «En tus manos descansa en paz el alma mía». «María Auxiliadora, Don Bosco, Domingo Savio, Ceferino Namuncurá, rogad por mí».

Recibió con mucho tiempo y con plena lucidez los Santos Sacramentos y vio acercarse la muerte con serenidad.

Dos horas antes de expirar, al recibir la visita del P. Inspector, hizo ademán de descubrirse la cabeza, que tenía cubierta, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios mortecinos.

Murió el día 21 de Febrero a las 4'35 de la tarde rodeado de los Hermanos y sin una congoja, ni un gesto de dolor. Se nos fue con Don Bosco y María Auxiliadora para descansar en Dios.

Ante su cadáver desfilaron rezando todos los alumnos de la casa y fueron muy numerosos los que le acompañaron hasta su última morada.

En sus funerales, oficiados por el P. Inspector, resultó pequeño nuestro Santuario de María Auxiliadora, para dar cabida a tantos amigos y admiradores del difunto y de la Obra Salesiana en Navarra.

Las numerosas cartas de condolencia recibidas hablan todas de las virtudes de este humilde y ejemplar Salesiano.

Inspectores y Directores Salesianos, compañeros y amigos, no acaban de alabar su caridad exquisita, su trabajo constante, su paciencia a toda prueba, su alegría y buen humor, su piedad ejemplar. Le dicen: «el verdadero israelita en quien no hay dolo».

Citamos unos párrafos de la carta del Rvdo. D. Modesto Bellido: «Nos dan la dolorosa noticia del fallecimiento del buenísimo Don Ale.

Aquí sí que podemos decir que el Señor se lo ha llevado al Cielo. Nos van dejando estos Santos Coadjutores formados por los primeros Salesianos, que Don Bosco y Don Rúa enviaron a España. Ellos pasan a ser los más eficaces protectores de las numerosas Escuelas Profesionales, que van surgiendo en las diversas Inspectorías.

Aunque se venía esperando el desenlace, mucho se habrá sentido el fallecimiento de Don Ale. Tengo numerosos motivos de gratitud para con él. Cuánto me ayudó en el año que estuve como Director en Pamplona. Eran los momentos difíciles de la guerra. A todos nos edificaba con su piedad, espíritu de sacrificio, alegría y generosidad en el trabajo. Eramos tan pocos y había tantísimas cosas que hacer... Lo veíamos siempre optimista en medio de las dificultades y siempre pronto a alegrar el ambiente con su banda.

Uno mis pobres oraciones a las vuestras. Al pedir por él pido también al Señor nos envíe numerosos Coadjutores de su temple».

Aunque estamos seguros de que nuestro querido Don Ale habrá sido ya recibido en los Cielos con las palabras: «Siervo bueno y fiel,... entra en el gozo de tu Señor», sin embargo, desconociendo los inescrutables juicios de Dios, sufraguemos su bendita alma.

Descanse en la paz del Señor.



«Don Ale» con la banda en el acto del Frontón Labrit en honor de Santo Domingo Savio.